VIDA MONTEVIDEANA

Revista Social, Literaria, Artística é Ilustrada

APARECE LOS DOMINGOS

Año II	Montevideo, Mayo 1.º de 1898	Núm. 42

Director y Redactor	DIRECCION Y ADMINISTRACION	Secretario de Redacción
RAFAEL J. FOSALBA	**Convención 82**	**EDUARDO GANDOLFO**

GALERÍA DE BELLEZAS MONTEVIDEANAS

Carolina Salvañach

(Fotografía de Chute y Brooks)

SUMARIO

TEXTO—Del autor de «Juan José»: LA VIDA MISERABLE!.... por Joaquin Dicenta—LA CEGUEDAD DE LAS TURBAS, fragmento del poema inédito del mismo nombre—LA CANCHADA, por Daniel Granada—LA CIENCIA Y EL ARTE, poesia por Alcides De María—EL ÚLTIMO ESCÁNDALO, por Francisco Caracciolo Aratta—A UNA NOVIA DECADENTE, poesia por Julio Herrera y Reissig—STECCHETTI, por Julio Burell—PATRIA, poesia por Leopoldo Diaz—LAS PRIMERAS BRUMAS, por Werther—A LA «VENUS» DE MONTEVIDEO, poesia por Guzmán Papini y Zas—VIDA SOCIAL, por Siempreviva—¡FRÍO!, poesía por Celestino V. Delfante—RIMA, poesia por Ernesto Rivera—INCRUSTACIONES DE CRISTAL, por Constante G. Fontán Illas—¡OH BELLEZA!, soneto por Enrique González Martínez—A QUIÉN ME AMA, poesia por Juan Andrés Ch'ozza—BIBLIOGRAFÍA, por Indiscreto—CALME DU SOIR, aviso.

GRABADOS:—Galeria de bellezas montevideanas: señorita.... SALVAÑACH, fotografía de Chute y Brook, grabado de Jacobo Peuser de Buenos Aires.

DEL AUTOR DE "JUAN JOSÉ"

¡La vida miserable...!

Siempre *vistió* mucho renegar de la vida y ponerle motes insultantes. Casi todas las religiones nos pintan el mundo como lugar siniestro y la mundanal existencia como viaje transitorio, como paréntesis de amargura que es fuerza soportar si quieren gozarse bienes eternos; los poetas románticos vomitan contra las *miserias humanas* estrofas que parecen náuseas, cólicos rimados, producidos por indigestiones de la *realidad impura;* noveladores y dramaturgos de la misma calaña dislocan, con instinto de volatineros, la naturaleza del hombre; desarticulan pasiones, sentimientos, caractéres, esperanzas y desengaños, con la sana intención, según ellos, de levantar el espiritu sobre las pequeñeces y mezquindades de la verdad y distraerlo y engrandecerlo con mentiras sublimes y exageraciones regeneradoras...

Asi lo dicen, asi lo creerán sin duda. La vida es una exposición permanente de crimenes, de infamias, de horrores. Y no es lo malo que digan esto; no es lo peor que de tal manera nos pinten la vida; lo peor es que no añaden: «Estudiémosla, disequémosla, para mejorarla y engrandecerla» sino que exclaman: «Apartémonos de ella, reneguemos de ella. Abominarla, bueno; ¿estudiarla? ...¿Para qué? No es susceptible de mejora. Contemplémosla con asco y confiemos en que la suerte nos permitirá dejarla pronto.»

Tales ideas dominaban como señores absolutos cuando yo era muchacho. Declaro que los domingos, luego de ir con mi madre á la iglesia, de oir al cura de mi lugar un sermón, donde la existencia se presentaba á mis ojos como los cuartos de una res en el matadero, chorreando sangre, después de hojear algún libro lleno de lamentaciones desengañadas, de historias horribles, de anhelos de muerte, de *anathemas* psicológicos, me ponia de muy mal humor. No eran bastante á disiparlo la sabrosa comida que humeaba en la mesa (vahaba se dice, pero yo no lo digo porque me suena mal y me sabe á cursi), ni la presencia de mis padres, ni el recuerdo de que el cura, renegador de la existencia en los sermones, procuraba conservarla con el mayor disfrute posible, no ayunando para ganar el cielo, sino engullendo apetitosos manjares, servidos por un ama más apetitosa que los manjares, no orando para que Dios se la quitase pronto (la existencia) sino yendo á caza para que sus músculos se fortalecieran y su sangre se tonificase. Tampoco servian de lenitivo á mi tristeza los apuntes biográficos de aquellos aburridos literatos, los cuales apuntes más retrataban hombres grandes y materialistas que séres espirituales y misticos. No; el sermón del cura, las páginas del libro se agarraban á mi cerebro como una garra dolorosa; experimentaba angustia de vivir y me entraban deseos de tirarme al pozo de cabeza. Preciso era que saliese á la calle, que viese al sol nublar mi cuerpo, á la primavera meterme por los sentidos su respiración fecundadora y una vecina mia mirarme por entre los hierros de la reja con sus ojos negros y hambrientos de cariño, para que mi naturaleza despertara lanzando una carcajada de triunfo.

Asi pensaba yo, influido por las majaderías de la época, de aquella época, en que todas mis primas se hartaban de vinagre para estar pálidas y cultivaban el amor platónico, puro, intangible, libre de carnalidades asquerosas, lo cual no les impedia casarse en cuanto el novio pasaba por el aro y tener hijos á montones.

Afortunadamente, cuando yo vine *á la vida pública*—que dirán dentro de poco los *encasillados* á sus electores—se operaba un cambio favorable en la materia: las ideas marchaban por otro camino; la literatura habia tomado hierro para fortalecer su sangre; no se entregaba á delirios enfermizos y á desfallecimientos anémicos; entraba en la realidad, como entra el operador en la herida, con bravura, con esperanza, á buscar entre la podredumbre los elementos de salud, no con el pulso tembloroso, con la mano firme; no volviendo la vista con repugnancia cobarde, clavándola en la llaga con obstinación salvadora. Las muchachas no tomaban vinagre, bebian vino; no cultivaban el platonismo para entrar luego en las impurezas matrimoniales; tenian novio para casarse con él, si podian, y cuando le apretaban su mano no era para cambiar efluvios espirituales, sino para transmitirse ese flúido nervioso que es la telegrafía del amor... Hasta el cura de mi pueblo, que ya no era el de antes, cultivaba menos que su antecesor la nota negra.

«La vida, se dijo entonces, es mala, es cruel, está llena de amarguras y decepciones, pero en ella existen elementos de redención, causas de alegría, de bienestar y de progreso; afrontemos la vida, entremos en ella, no retrocedamos ante sus dolores, no la consideremos lugar de expiación, purgatorio anticipado para ascender á mejores mundos, sino materia sublime que debemos engrandecer en beneficio de las humanidades futuras; combatamos para hacerla más buena y vivamos lo más posible, porque luchar mucho, y por consiguiente, vivir mucho, es nuestra obligación.

«No pasemos nuestra existencia renegando de ella, aguardando el momento de abandonarla como se aguarda la felicidad, y permaneciendo, mientras llega ese instante, inactivos, petrificados, mirándonos á la punta de la nariz con estupidez beatífica de fakires contemplativos; escarbemos la vida, registrémosla, escudriñémosla sin hacer caso de tropezones, de desgarraduras y abismos, y cuando llegue la hora de morir, muramos tranquilos, porque algo habremos hecho en favor de los que nos sucedan.»

Tal fué la noción de la vida que tuvieron los jóvenes de mi tiempo; tal la que aún se conserva, si bien la amenaza una invasión mistica que reniega de la lucha y llama al dolor castigo en vez de llamarlo necesidad.

Esta invasión que viene de Francia, de ese pueblo que dando pruebas de una cultura sudanesca silba á Zola y se revuelve contra los judios, ni más ni menos que los bárbaros cristianizados de la Edad Media, empieza á tomar carta de naturaleza en España; y á los frailes que pululan por todas partes pregonando las excelencias del quietismo monástico, invitando al ódio á la vida y edificando diez conventos en cada distrito, siguen los misticos en literatura... Nada; que volvemos al tiempo de mis primas: al vinagre, á la anemia en la sangre y en los cerebros.

Seria cosa de aterrarse por semejante retroceso á no tener la seguridad de que durará poco, porque es contra naturaleza y la Naturaleza se rie de los sistemas que contra ella van.

¡Ah, la vida por sí misma tiene más fuerza que cuantos á hacérnosla odiosa se consagran! ¿Truenan contra ella?... ¡Bah!... Ella posee la última carta en el juego y gana siempre.

A este propósito se me ocurre un cuento que me refirió mi madre cuando yo era niño;

Vivian juntos en un pueblecillo de Aragón una vieja, muy vieja, muy achacosa, inservible, vamos, y un hijo suyo, cura y jóven.

Siempre andaba la vieja renegando de *esta picara vida*, de *esta miserable vida*, que solo dolores produce.

--¡Ah, Dios mio!--gritaba--quitame pronto la vida, para que goce de los deleites celestiales; venga pronto la muerte para que venga la bienaventuranza. Y, sobre todo, señor, ¡si algún dia mandas á esta casa la muerte, mándamela á mi! ¡Que no sufra yo el inmenso dolor de sobrevivir al hijo de mi alma, á este varón justo que á tu santo servicio consagra su entendimiento y su voluntad!..

Ni un solo dia dejaba de hacer este ruego.

Cierta noche, sintióse turbada en medio de su sueño por un rumor siniestro, como de huesos que se entrechocan. Abrió los ojos y vió delánte de ellos á la muerte con todo su aparejo de sudario, guadaña y demás prendas de guardarropia.

La muerte extendia sus manos hácia ella.

--¡No! ¡No!... ¡A mi, no!--gritó la vieja con espanto. ¡A mi, no!

Y extendiendo su brazo descarnado á la alcoba inmediata, exclamó con voz donde palpitaba la esperanza:

--¡A mi no! ¡Déjame!... ¡Ahí está el cura!... ¡Anda con él...

JOAQUÍN DICENTA.

Madrid, Abril 2 de 1898.

LA CEGUEDAD DE LAS TURBAS

(Fragmento inédito del poema en preparación de este título)

. . . .

V

En la elevada torre y las almenas
esperaban los griegos, la faz mustia
y las miradas llenas
de furor y de angustia,
ver lucir, á los rayos de la tarde,
en la cima eminente
de la montaña el casco refulgente
del enemigo vencedor cobarde.
Pronto iban á surgir en la alta cumbre
del ejército persa las espadas;
las flechas de los caspios; las doradas
cimeras de la asiria muchedumbre;
los árabes, con blancos alquiceles;
los etíopes, de facciones duras,
ceñido el cuerpo con hirsutas pieles;
las índicas nevadas vestiduras;
los escitas con ojos de chacales;
los infantes soldados
de Susa y de Persépolis, armados
de broqueles de mimbres y puñales.
La ciudad se aprestaba diligente
á registrar con hechos inmortales
el asalto inminente.
Sobre Esparta cruzó, como enlutada
nube, de cuervos fúnebre bandada
que fué á posarse en el ramaje escueto
de la selva sagrada
que se extiende á la falda del Taijeto.
¡Presagio horrible! En ronca gritería
prorrumpió la ciudad, que maldecia

de los pájaros negros de la muerte;
con mano ejercitada y brazo fuerte
lanzó á los cuervos lluvia de saetas
y piedras voladoras,
pero en las ramas prosiguieron quietas
las fatídicas aves graznadoras.
Palidez espectral cubrió el severo
rostro de las ancianas:
ya era infalible el temeroso agüero.
También palidecieron y temblaron,
el corazón henchido de congojas,
las vírgenes hermosas espartanas,
cuando les entregaron
tristes sus padres las agudas hojas
que ornamento brillante
fueran del templo de Hércules triunfante.
—¿Para qué se nos dán estas espadas?—
preguntaron las bellas, desoladas.
—¿Para qué estos aceros? - repetian
con la voz lastimera.
Nadie les contestó. Ya lo sabrian
cuando, al llegar el pavoroso instante,
el terrible mandato se les diera
de hundirlos en su seno palpitante.

V

De pronto la espartana muchedumbre
lanzó un grito estridente.
Acababa de ver sobre la cumbre
de la montaña ingente
á un hombre que corría
como récio huracán; por la pendiente
velocísimo luego descendía,
cual si ganar la puerta pretendiera
de la ciudad. ¡Un fugitivo era!
Roja la faz como encendida llama,
y en la mano una rama
para sosten, sin duda, en la carrera,
volaba por la aspérrima vertiente,
llevando oculta la inclinada frente
con su revuelta obscura cabellera.
Más siniestra, más pálida y sombría,
ante la rauda aparición, la brava
multitud se volvía.
Era gran cobardía
correr de modo tal. ¿Abandonaba
aquel hombre el combate? ¿Buscaría
en Esparta refugio?
A la vislumbre
del sol, dando de lleno en su figura,
resplandeció su helena vestidura.
Espantosa rugió la muchedumbre
y con voces de lúgubres acentos
rasgó el aire liviano,
gritando con furor:—¡Un espartano!
¡Uno de los trescientos!
El miserable del combate huía.
¿Habrá imitado la falange rota
de los griegos la negra felonía?
¿No era una imágen fiel de la derrota
la visión de aquel hombre envilecido?
¿A qué ocultar más tiempo la tremenda
infamante verdad? De la contienda
¡todos habian huido!
Interrumpió la ronca gritería
un ¡ay! vibrante, aterrador, lanzado
por triste corazón que se rompía,
por una anciana de semblante airado
que clavando la vista en el soldado,
—¡Mi hijo!—clamaba con horror.
Sangrientos
insultos, anatemas vengadores,
gritos de rabia, crueles juramentos,
cual tormenta preñada de furores,
tronaron en los vientos.
—¡Tu vista nos deshonra, alma de lodo!
—¡Atrás! ¡No es este el campo de batalla!
—¿Cómo la tierra en cólera no estalla
bajo tu planta vil?—¡El pueblo todo
fulmina contra ti sus maldiciones!
—Si el valor consistiera
en consumar negrísimas traiciones,
héroes, cual tú, no hubiera.
—¡Ha desgarrado el corazon altivo
de la pátria tu infame cobardía!

Callado y anhelante el fugitivo,
hácia la puerta sin cesar corría.
—¡Atrás! ¡Atrás, baldón de los guerreros!—
los espartanos exclamaban fieros.
—No entres en la ciudad de la bravura,
que no queremos con tu sangre impura
manchar nuestros aceros.
—¿A cuánto compra Jerjes las espadas?
—¿Vas á ganar con tu veloz carrera
el premio en las alegres Olimpiadas?
—¡Alcese contra tí la sombra austera
de Pólux iracundo!—
Habló el soldado;
mas de la multitud el vocerío
cada vez más enérgico y bravío
apagó sus palabras.
—No has besado
la tierra! ¡La has mordido!—¡Atrás infame!
¡En tu pecho una víbora derrame
su veneno fatal!—¡Vuelve á la guerra!
¡A morir combatiendo! ¿No te aterra
nuestro furor?—¡Sobre tu frente zumba
el anatema de tu padre bravo
que se agita colérico en su tumba!
¡Anda á servir al enemigo, esclavo!
Esta odiosa palabra, como un trueno,
retumbó en los oidos. Las doncellas
bajaron ruborosas las miradas,
estrechando á la vez contra su seno
las cortantes espadas.
De los dolientes ojos de las bellas
abrasadoras lágrimas rodaron,
que el metal de las armas recamaron,
de perlas y diamantes.
¡Esclavas!.. Las doncellas comprendieron
para qué se les dieron
las aceradas hojas penetrantes.

Veladas las pupilas por el lloro,
la arrogante figura sin más galas
que el rico manto de sus bucles de oro
y una veste más nívea que las alas
de los cándidos cisnes, una hermosa
hácia el muro avanzó, magestuosa
cual la imágen de Palas.
El pueblo, con semblante compasivo,
la contempló. La prometida esposa
era del fugitivo.
Pálida y altanera
miró á su amante, y con airada mano
una piedra arrojóle tan certera
que dió en el corazón al espartano.

Desde el pié á la cimera estremecido
el triste se detuvo, alzó la frente,
quiso hablar, mas su acento fué extinguido
por las aclamaciones que á la gente
la valerosa virgen arrancara
con su muestra preclara
de ánimo entero y patriotismo ardiente.

Mústio el semblante, la mirada incierta
y en la rama apoyado,
encaminóse hácia la entrada abierta
de la ciudad el mísero soldado.
Pero á un signo del pueblo enfurecido
giró sobre sus goznes la ancha puerta,
cerrándose con lúgubre estampido.

Y ante aquella sombría
hoja de bronce helada
que para siempre ¡oh dioses! de la amada
tierra le proscribía,
el fugitivo griego escarnecido,
desplomándose inerte
sobre el suelo natal, lanzó un gemido
y durmióse en los brazos de la muerte.

Del sol á los postreros resplandores,
sobre el cadáver rápidos cayeron
los cuervos graznadores,
y en aplausos las turbas prorrumpieron.
Así murió—volando su alma egregia
al Elíseo, vestida con la régia
púrpura del crepúsculo esplendente—
el luchador valiente
que en la batalla conquistó la gloria;
el ínclito guerrero
que los griegos nombraran mensajero
de la inmortal victoria.
Así murió, abrazado
á la rama triunfal y desgarrado
el corazón por trágicas heridas,
el invicto soldado,
el augusto emisario de Leonidas.

MANUEL REYNA.

Cádiz, Marzo 30 de 1898.

LA CANCHADA

La *canchada* es apuesta ó desafío con que los indios del Sur de Buenos Aires, cuando enseñoreaban la Pampa, solian disputarse una joven casadera, que voluntariamente ofrecia su mano al que diese más patente muestra de superioridad en punto á destreza como hombre del desierto cuyo elemento principal es el caballo. Era una diversión caballeresca modelada en tropel salvaje. Por via de entretenimiento, usáronla asimismo los cristianos de la frontera. Merece conocerse.

Cierto número de indios, ó caballeros, tienen noticia de que en un toldo ó casa de las comarcas vecinas hay una mujer joven y hermosa, una china bonita y guapa, que ofrece nada menos que su persona, en casamiento se entiende, al que en menor espacio de tiempo recorra mayor trayecto á caballo; pues la *canchada*, entre aquellas gentes bárbaras, no era un mero pasatiempo, sinó una formal contienda de efectos reales y positivos.

Los caballeros aspirantes á la cobriza mano de la amable dama llegarán á contemplarla, acaso por vez primera, cuando, allegándose á la delantera de su casa, desde cuya puerta observará ella con interés los rápidos movimientos de los obedientes caballos, los harán *rayar* á su presencia con la acostumbrada destreza del hijo del desierto.

Los competidores (que concurren de diversas partes ó tolderias adonde ha llegado la noticia de la *canchada*) colocándose en hilera á un par de cuadras de la rústica mansión de la heroina, quién, tan luego los vé en disposición de abalanzarse, se asoma á la puerta. Precipitándose en el acto los corredores, *sentado* y haciendo *rayar* los caballos al llegar á su presencia. Sin la menor detención, revuelven los obedientes corceles, emprendiendo en dirección opuesta á la que trajeron impetuosa carrera. Corren y corren á todo correr, esforzándose por aventajarse los unos á los otros de su ambición amorosa, el cual ha pasado por ante sus ojos á manera de una visión encantadora; que los indios, no por ser indios están privados del don de forjarse ilusiones.

El que durante la carrera queda rezagado tres cuerpos de caballo, tiene que apartarse de ella en el acto, pues no le es permitido continuarla. Ese ya no puede aspirar á la palma.

Los demás prosiguen su camino, que suele extenderse á seis, á ocho, á diez y á un mayor número de leguas; y eso sin parar un instante, sin respiro, hasta que los sufridos caballeros se rinden, *se aplastan*, no pueden más. Quién conozca el caballo rioplatense, y

en especial el del indio, no se admirará de esta resistencia, de este aguante incomparable.

El último en rendirse, yendo delante de todos, ese gana la carrera, y con ella la novia el afortunado que le rige. Y la gana también el que, antes de aplastarse los *parejeros* se adelanta á los otros corredores tres cuerpos de caballo.

El corredor victorioso acude ufano al palacio de la disputada Dulcinea, quien complacida, sale á recibirle, después de haberle estado esperando con impaciencia largas horas, palpitante de gozo y de orgullo.

Finalmente los padres ó parientes de la novia entréganla al vencedor con las formalidades que para casos tales tienen por costumbre. El favorecido hace sendos regalos á los miembros de la familia de la desposada: á este un caballo, á aquél una lanza, á otro una vincha, un poncho, cualquier objeto que le sea apropiado ó de estima.

Por los últimos años del señorio de los indios en la Pampa, estableciόse como ley del desafio, en junta de caciques, que la prometida joven no recibiese al ganador hasta que desde el comienzo de la carrera no hubiesen transcurrido doce horas justas, que es el tiempo que se calcula puede durar á lo sumo. Adoptóse esta providencia, porque ocurrió tal cual vez que aspirantes que habian quedado rezagados en la carrera, tuvieron la desfachatéz (perdonable por su objeto), de presentarse en la casa de la novia, diciéndose vencedores.

Por lo visto, las jovenes pampas, en eso de dar su mano, no tienen, como suele decirse, escrúpulos de monja. Es verdad que también de las nuestras dijo un mal intencionado poeta (D. Manuel del Palacio):

> Una mujer y una libre
> apostaron à correr;
> y como el premio era un hombre
> se lo ganó la mujer.

DANIEL GRANADA.

Montevideo, Abril 30 de 1898.

LA CIENCIA Y EL ARTE

I

Cuando á la voz del Dios omnipotente
Surgió la tierra de las densas brumas,
El suave soplo del primer ambiente,
Y el mar con sus levísimas espumas;

Cuando dióle á la tierra lozanía,
Aves y bestias de estructuras bellas,
Cuando hizo arder el luminar del dia
Y esparció por el cielo las estrellas;

Entonces, Dios, con su saber profundo,
Aún haré, dijo, lo que más asombre,
Y á imágen de él, para Señor del mundo
Hizo brotar la majestad del hombre.

Y el hombre fué de la creación entera
Su más sublime, su primer portento,
Cuando le dió por colosal lumbrera
Una alma, una razón, y un pensamiento.

Conjunto hermoso que asombrado hechiza,
En donde el arte y el saber se encierra,
Digna creación del Dios que fertiliza
Regando con sus lágrimas la tierra!

Esa es la ciencia, espejo de grandeza,
El arte, que nació del cránco humano,
Esa es la luz que vierte la cabeza,
Esa es la gloria que alcanzó la mano.

Rásgame, oh ciencia, tus espesos mantos,
Arte, descubre tus secretos bellos;
Voy á cantar su gloria y tus encantos;
¡Dadme de Dios los mágicos destellos!

II

La ciencia es la palanca poderosa
Que mueve el mecanismo del progreso,
Es la fuerza motriz que al mundo impulsa
Á sorprenderlo á Dios en sus secretos.

Es el foco de luz que nos alumbra
Las obscuras cavernas del cerebro,
Cuando en revuelta confusión se agita
Buscando la verdad el pensamiento.

La ciencia es el sistema de Esculapio
Que en una hoja, una flor, en un insecto,
Encuentra el gran problema de la vida
En tósigos mortiferos envuelto.

Es el gran telescopio del astrónomo
Con que descubre en el espacio inmenso
Los astros que á millares se amontonan
Y cuyo sorprendente movimiento
Nos señala minuto por minuto
Por la fria razón de su instrumento.

Es la imantada aguja del marino,
Es la sonda y el pico del minero
Con que el globo terráqueo despedaza
Buscando los tesoros de su seno.

Es el rayo que Franklin encadena
Con débil barra de platina y hierro;
La fuerza del vapor rompiendo osada
Las impetuosas olas del Océano.

Es el alambre eléctrico que lleva
Desde un mundo hasta el otro pensamiento,
Uniendo con la América la Europa
Al suave impulso que le imprime un dedo.

La ciencia es la diadema de los sabios
Que arranca los secretos del Eterno,
Es el foco de luz que nos alumbra
Las obscuras cavernas del cerebro
Cuando en revuelta confusión se agita
Buscando la verdad el pensamiento.

III

¿Y el arte, cuyo hermoso panorama
Del gran cuadro de Dios es el bosquejo,
No tiene cual la ciencia sus encantos,
Y el éco arrobador del sentimiento?

El arte, es el ideal de la hermosura,
Es la sublime ráfaga del genio
Que imita es sus gigantes harmonias
La harmonia colosal del Universo.

El arte es el poema de la historia
Escrito sobre páginas de acero,
Es el buril que graba y eterniza
De la humana grandeza los destellos.

El arte es una gota de rocio
Que imprime en una flor su blando beso
Reproducida por esmaltes de oro
Y blanca perla aprisionada en ellos.

El arte es el pincel que reproduce
Cuanto hay de grande, de sublime y bello,
Robándole su encanto á la natura
Y arrebatando su belleza al cielo.

Es de David el arpa quejumbrosa
Sonando en los confines del desierto,
Y el mágico violin de Paganini
Embelesando el alma con su acento.

El arte son las cúpulas gigantes
Que atrevido levanta el arquitecto,
Señalando á su paso las edades
Con cifras de soberbios monumentos.

Es el soplo inmortal que el estatuario
Imprime al mármol con cincel de fuego
Eternizando la envidiable gloria,
En el mundo invisible del recuerdo.

El arte es el ideal de la hermosura,
Es la sublime ráfaga del génio
Que imita en sus gigantes harmonias
La harmonia colosal del Universo.

IV

Ciencias y artes! porvenir del mundo,
Aspiración eterna del talento,
Sólo son poderosas las Naciones
Cuando las rije vuestro vasto imperio.

Y es que teneis por hálito la gloria,
Las guirnaldas del génio por trofeo,
Los primeros talleres las escuelas
Y por templo inmortal el Universo.

ALCIDES DE MARÍA.

Montevideo, Abril 30 de 1898.

EL ÚLTIMO ESCÁNDALO

He vuelto á leer la crónica otra vez; la he subrayado, la he meditado, y siempre he dado la vuelta á una conclusión lógica, estrecha, de hierro: que nuestra actual sociedad excluye el sentimiento por inútil; esto es, porque no produce oro, mucho oro.

Es esta la crónica, que corto de un diario de Buenos Aires, entre la narración espeluznante del último robo y un bombo á cierto aperitivo que lo cura todo, desde los callos hasta la calvicie:

«Un jóven médico del Hospital Rawson acaba de ser sorprendido en interesante é intimo coloquio con una hermana de Caridad. El médico ha sido destituido y la hermana fué enviada á un convento de Córdoba.»

No dice más. Así, concisa, como un edicto policial, la crónica; ni una linea más ante aquel drama emocionante, capaz él por si solo de levantar de aplausos toda la platea de un teatro inteligente, capaz de inspirar el cuadro más sublime de un artista del color; capaz de ser el motivo más nuevo, más sugestivo, más bello, que nunca ha tratado el alma melódica del génio, Verdi.

¿Creeriais á un amor de la carne, á una pasión del instinto de la bestia en celo, y no el amor de dos séres inteligentes, nobles, preparados por el dolor diario que combaten y no al amor que enaltece los corazones á despecho del rigor castrense del dogma y del mandato autocrático del deber?...

El que se crea capaz de acusar á aquel médico y á aquella hermana, si es que se siente fuerte en ocasión igual, en ambiente igual, bajo la impresión diaria del afecto por los que sufren, de la piedad por los que mueren, del placer por los que saludan de nuevo la aurora de una vida renovada por los cuidados de la Caridad y por los adelantos de la Ciencia, el que no se siente capaz de amar asi, con tal potencia de afecto, de hacer que se olvide el deber científico y el juramento de la castidad forzada, que le arroje la primera piedra!

Pero, no! Le arrojaremos todos la primera flor; aquella que ha abierto más lozana en el rincón alegre de nuestros jardines. Le arrojaremos el primer ramo de violetas que nos han traido las brisas frescas de este Otoño luminoso, dorado por las tardes espléndidas en que los últimos rayos del sol ponen nimbos de luz en las frentes de las bellas.

Yo no condeno á los amantes. Yo protesto contra un Reglamento que destituye á un médico por el *delito* de amar y contra un dogma que enclaustra á una hermana de la Caridad por el mismo *delito* y la condena á morir tísica, de anhelos, sedienta de gozar esa vida cuya puerta le han entreabierto las frases de cariño del jóven apóstol de la salud. Yo protesto!

Y pienso, con tristeza, en el siglo que concluye tan vil en sentir, tan bajo en apreciar el amor de aquellos séres que habrían sentido vibrar en sus almas, á la cabecera de los enfermos, toda la escala divina de las sensasiones del cariño.

Y conmigo, también protestan todos los enfermos á quienes, para curarlos mejor, ambas manos amantes se habrán hallado, en muchas ocasiones, levantando una cabeza pálida por el sufrimiento.

Y protestan los niños febriscientes á quienes ella adoraba con tanto ardor de mujer, porque aquellas cabecitas rubias le hacían palpitar su corazón virginal más fuerte y con más potencia que todos los ritos de su culto misterioso y le decian que la madre de Jesús era más divina por ser madre...

La piedad ha unido aquella hermana y á aquel médico en un abrazo de luz y los ha hecho amarse, humanamente bellos á la cabecera de los que padecen.

El mundo los condena, no tiene piedad!

La Ciencia los absuelve porque el amor es la fuerza vital que rige las transformaciones de la materia. Es la atracción de los mundos y de los séres.

Jesús los perdona, porque han amado mucho.

FRANCISCO C. ARATTA.

Montevideo, Abril 30 de 1898.

A UNA NOVIA DECADENTE

Ofrecemos á nuestros lectores la siguiente composición debida al brillante numen del joven poeta Julio Herrera y Reissig, que es, á nuestro juicio, el mas inspirado y el que más promete entre los de su generacion. Estos versos son una fina sat ra á los vates llamados decadentes, mal comprendidos indudablemente y peor imitados por algunos versicultores nacionales que torturan inquisitorialmente la imaginación para conseguir una originalidad que en la mayor parte de los casos sólo reside en las ideas, y que totalmente logran, despues de retorciones y apretamientos inhumanos, desmembrar el lenguaje en mengua del buen sentido y de la belleza estética. Esa escuela literaria conocida con aquel nombre, se ha impuesto reglas y leyes inviolables que desconocen completamente los autores de poemas imposibles é intraductibles al idioma, y que Shakespeare presintió cuando puso en boca de uno de sus personajes esta frase: *¿no podrán ustedes hablar en cristiano?*

No; no hablarán en *cristiano*, asi los empalen y los flagelen con los suplicios que ellos aplican al sentido común!—Hay algo, sin embargo, que los disculpa, y es la ignorancia absoluta que tienen de la harmonia y de la belleza, unida á la imposibilidad cerebral de poder decir cosas no disparatadas y especialmente de poder expresar por medio de la rima, lo que han pensado.

Los versos del joven Herrera, parece que están inspirados en algún poema de reciente data, pero, aunque sus estrofas son un modelo como *extrañas*, no lo son tanto que sobrepujen á otros que conocemos y que han merecido (no sabemos si irónicamente) el aplauso de un crítico flamante. El motivo de no sobrepujarlas, consiste en que Herrera, aunque se esfuerce en decir disparates, apenas lo consigue.

Hé aqui, entre tanto, los versos del joven bardo:

¡Forma de espuma, primorosa, esbelta,
con luz adentro de chispeal rubí,
en redondeces lánguidas envuelta
como el alma sensual del frenesí!

¡Engendro luminoso de alabastro,
con tropical perfume de benjuí,
que ser pudieras corazón de un astro
no siendo un astro el alma de una hurí!

¡Púrpura por un cisne concebida,
aurora prisionera de marfil,
volcánico granizo de mi vida
con palidez de ensueño juvenil!

¡Nieve por una ninfa redondeada
sobre el raso de un pétalo gentil,
explosión de una rosa enamorada
y hecha mujer por aúrico buril!

¡Modelo de contornos luminosos
con atracciones lúbricas de sol,
rostro de lineamientos perezosos
con ojos del color del mirasol!

¡Mejillas que son perlas diluidas
con expléndidos besos de arrebol,
tallle de cuerdas de arpa estremecidas
con garbo nereidático, español!

¡Cabellera de noche de un estío
hecha de filamentos de laurel,
luctuoso esfumo del tormento mío,
penumbra adormecida en un vergel!

¡Boca que es una gruta coralina
con relucientes perlas por dintel,
con tapices de seda purpurina
que entre perfumes viven y entre miel!

¡Mujer, hija del alma de las flóres,
raro hechizo de lumbre virginal,
un tronó yo te ofrezco de primores
con el lujo de un alba victoreal!

¡Un ramo, acepta, de pasiones santas;
quiero amarte con culto sin igual;
quiero sembrar estrellas á tus plantas,
busco en tus ojos el lenguaje astral!

¡Yo te ofrezco primicias de embelesos
que latan al contacto pasional,
corporizadas en ardientes besos
de melodioso timbre de cristal!

¡Yo te ofrezco partido en mil pedazos
en el sidéreo altar de mi pasión,
entre la ignea erupción de tus abrazos,
un escudo de luz... mi corazón.

JULIO HERRERA Y REISSIG.

Montevideo, Abril 30 de 1898.

STECCHETTI

El literato español don José Jurado de la Barra esta terminando de poner en versos castellanos la obra poética de Olindo Guerrini *(Stecchetti)*. El autor de *Postume* es actualmente uno de los poetas más admirados y más célebres de Italia.

Hemos podido obtener la siguiente página,—que está dedicada á servir de prólogo á la versión castellana á que nos referimos,—con la que obsequiamos á nuestros lectores.

¿Quién es *Stecchetti*? ¿Cómo es *Stecchetti*? ¿Qué es *Stecchetti*? Al trazar el último signo interrogante, he permanecido algunos minutos con la pluma suspendina sobre las cuartillas en la poco gallarda actitud del triste versificador que, paseando la mirada por el techo, espera la caida de un urgentisimo consonante... *Stecchetti*... *Stecchetti*... ¿A quién se parece, para que podamos entendernos? Suponed desde luego un poeta de los que antes eran llamados sensuales, de los que hoy llamamos «epidérmicos», y epidérmico ó sensual, poeta mayor en las grandes elegias de alcoba.

¿Se parece á Ovidio? La carne de *Stecchetti* se estremece en inacabable voluptuosidad, como si en ella reviviese la vigorosa lascivia de *Ars amandi*. Pero la satiryasis del poeta romano es simplemente brutal, á pesar de sus bellas exhornaciones y sus gentiles paramentos, y la briosa sensualidad del poeta boloñés lleva rastros de alma, alientos de verdadero amor, ni más ni menos que las arenas de nuestro Darro arrastran particulas de oro...

¿Se parece á los poetas báquicos y desesperados cantores de *Margarita*, de *Ninón* y de *Jarifa* ó *Teresa*? Báquico es también y desolado á su modo *Stecchetti*, como en la canción á *Emma*; pero mientras Byron y Musset y Espronceda mezclan al vino de la orgia lágrimas de un dolor verdaderamente generoso y poético, este originalisimo *Stecchetti* tiene amargo el champagne y rencoroso el erotismo. Su lujuria es cruel; cruel cuando besa, cruel cuando se hastia.

¡Torna cagna furente, al tuo covile
Sotto ai bruti irruenti a spasimar,
Torna all'infamia tua; sei troppo vile,
Sei troppo vile; non ti posso amar!

Leed el *Canto del odio*. Son terribles las contorsiones del placer recordado y muerto; son espantosas las maldiciones caidas sobre el espectro de la Belleza sin altar y sin culto...

Qui rimorir ti faccio o maledetta,
Piano, a colpi di spillo,
E la vergogna tua, la mia vendetta,
Tra gli occhi ti sigillo.

¿Se parece á Campoamor? En el idilio *Il Guado*, en los dos grandes sonetos *Penèlope* y *A Roma*, acaso haya dado *Stecchetti* con la aleación de arte y escepticismo, que es como el secreto de la áurea moneda Campoamoriana; pero ese estado de alma es pasajero en el poeta italiano: la insinuación picaresca, la desconfianza elegante adquieren de pronto bajo su pluma tonos enérgicos y sombrios, y su «sadismo» requiere, como el auténtico, sangrientos sacrificios, positivos dolores: víctimas no solo vencidas, sino deshonradas...

¿Se parece á Heine?

El pobre Heine, con su risa de volteriano y con su carcajada burlesca para todas las cosas, es un espíritu infantil, juguete de cien amores sonrosados; es un hombre que dá á pedazos su corazón y cuando lo hace siente dolor desesperado; pero por un milagro bien corriente en la vida, se encuentra cualquier dia con el corazón entero y en su sitio y únicamente penetrado de una vaga enervadora melancolía... Y *Stecchetti* no es eso. ¿Qué ha de ser él, pino del Norte, soñando con la palmera de Oriente? Nada de sueños; nada de fantásticas evocaciones...

Collatino non c'è, Bruto é contento
E Lucrezia m'aspetta e mi vuol bene.

¿Se parece á Leopardi?

El amor en Leopardi es estéril, y la lamentación de ese amor en pleno desierto, mal podia ser colocada al lado de este rasgo sarcástico y satisfecho.

Penélope sei tu, che tesser sai
A mezzogiorno la tua bianca tela,
E meco a mezzanotte la disfai.

El dolor en *Stecchetti* es morboso. El dolor en Leopardi es una filosofia.

¿Se parece?... ¡Extraña semejanza! Yo recuerdo aquella *Lámpara* de Chenier, aquella lámpara que alumbra la alcoba abandonada, el nido sin alondra. Todos los triunfos del perdido amor recobran su brillo por un momento... A la luz de aquella lámpara protectora de las antiguas embriagueces, aparecía de nuevo la tibia y rosada estátua, ya arqueando los brazos generosos como en iris de gloria, ya vencida y trémula, como Venus yacente, ofreciendo las rosas y las azucenas de su pecho á la mano inquieta y febril, y el beso del supremo espasmo, á la boca húmeda y suspirante. Ese Chenier que halla en el recuerdo lúbrico un fondo de sentimiento y un *asunto* de arte, puede bien dejar que su *Lámpara* haga buenas amistades con el *Canto del odio*. Pero ese Chenier no es el que ha pasado desde la guillotina á la inmortalidad. El André Chenier consagrado por la gloria, es el que llora con la

Joven Cautiva, y truena y relampaguea en los valerosos yambos...

No, *Stecchetti* no se parece á nadie. Es un poeta aparte. Casi es un género de poesía. ¡Y qué género de poesía, y qué poeta! Si no se trata al fin y al cabo de un esfuerzo literario, de un alarde de *composición* como los que llevaran á Verlaine hácia la mistica, como los que hoy mismo hacen prorrumpir á Carducci, al autor de *Satana* y de *Ode barbare*, en sublimes himnos religiosos, bien podria decirse que *Stecchetti*, con ser el poeta de la carne, es también el poeta de la dolorosa sinceridad en el amor.

Como hay siempre entrañas que sangran á nuestro nacimiento, todo amor humano abre igualmente para salir al mundo una herida en nuestra carne. El amor-idea, puede hacer filósofos y santos: arrancará lágrimas á una Santa Teresa ó á un Pascal; pero el amor-idea, aun suponiendo que sea sufrimiento por temor ó goce por esperanza, no es fiebre, no es impulsión, no es *celos*, no es ánsia, no sabe cómo se mata, no sabe tampoco cómo se engendra... Ciego, instintivo, cruel, traidor y trágico como es el génio de la especie, valiéndose, como dice el grandísimo chusco de Schopenhauer, de cien artes distintas para rendir nuestra voluntad, ello es que eso que por decoro estético podemos llamar *el elemento humano*, siendo, como es, la fuerza impulsora del mundo, parece natural que tenga derecho de progenitura en el arte.

JULIO BURELL.

Barcelona, Abril 2 de 1898.

(Concluirá).

PATRIA

¡Cómo vive, palpita y centellea,
ese nombre de pátria bendecido!
Agita el corazón, late la idea,
y arrulla en su canto al oido!

Pátria es el himno religioso y santo
que se escucha del bosque en la espesura,
cuando tiende el crepúsculo su manto.
Pátria es el nido de la selva obscura,
la primera oración, el primer canto!

Pátria es trasunto del amor del cielo,
pátria es todo lo grande y lo profundo,
que brilla como un astro sobre el suelo;
es es lo que irradia sobre el mundo;
es sacrificio, abnegación, consuelo!

Ella, en la amarga prescripción nos besa
con luminosas ráfagas la frente:
á Pellico, reanima en su tristeza;
á Tácito, le dá su fortaleza;
á Juvenal, su látigo inclemente!

Cuando nos grite con su voz sagrada:
Arriba! á combatir por el Derecho!
en cada mano brillará una espada,
un invencible muro en cada pecho!

Y si es preciso odiar,—puesto que el ódio
es sublime virtud contra el tirano:
un implacable Harmodio
en cada ciudadano!

La pàtria es el hogar donde nacimos,
la pàtria es el rincón donde sufrimos,
la plegaria primera que aprendemos,
la caricia postrer que recibimos.

La pátria es la bandera
que cubre nuestra frente en la batalla,
y que flota á los vientos altanera
entre el ronco silbar de la metralla.

Ella pulsa las cuerdas de la lira,
ella estremece el alma del guerrero;
es la Beatriz que con amor severo
el hondo canto de Alighieri inspira.

La pátria es fè, la pátria es heroismo,
fé de mártir, enseña del soldado;
lazo que al porvenir ata el pasado
como puente de luz sobre el abismo.

Pátria es eterna musa, eterna amante,
sublime vibración del alma inquieta;
la que inspiró al artista y al poeta:
pátria es Homero y Cristo y Hugo y Dante.

Abrazo de la lira con la idea,
pátria es inspiración, fuego, harmonia;
pátria es Chassaing, que canta en la pelea;
pátria es López, Varela, Echeverria.

LEOPOLDO DIAZ.

Buenos Aires, Abril de 1898.

LAS PRIMERAS BRUMAS

Amiga mia! Una copa más del rubio licor por la estación que se vá!

¿Oyes el viento? Aún tiemblan en el espacio las últimas nubecillas con que se despide la estación de los amores,—las últimas nubecillas sonrosadas que se llevan en sus ondas las brisas heladas de un invierno prematuro, las mismas ondas que arrastran las hojas secas y amarillentas del limonero en medio de un torbellino de polvo.

Si, amiga mia; junto con esas nubes y con esas hojas secas van mis horas más preciosas de dicha, mis más hondos suspiros y también mis tristezas de amor. ¡Aves idas quizás para no volver jamás! ¡Notas errantes y lejanas que quizás no volveré á oir! ¡Flores del rosal que coronaron tu frente pensativa y pálida,—flores del rosal que se llevaron marchitas los vientos frios de las mañanas de Abril!

¡Cuántos recuerdos! Allá, en el césped, las margaritas rojas, el trébol y la gramilla color de oro viejo. Bajo el sauce movedizo, el banco rústico de nuestras citas y de nuestras confidencias, á donde subian las campánulas azules y las glisinas que nosotros deshojábamos. Los lirios de nieve, fragranciosos, bordando la esmeráldica rivera del arroyuelo undoso, á donde iban alegres los *pitirojos* á empapar sus alas de nieve y á apagar el ardor de sus cuellitos encendidos...

Hoy todo está muerto y oculto bajo una inmensa tumba de hojas secas que arrastra el viento helado, al mismo tiempo que acelera la corriente del arroyuelo que serpea gimiendo.

Amiga mia! ¿No oyes cómo se lamenta la linfa?... Llénameotra copa!

¿Recuerdas la laguna de, gláusas ondas semejante á una enorme taza de ajenjo?

Los patos blancos, los refinadisimos cisnes de cuellos enarcados y sedosos como brazos de nereidas, chapuceaban ruidosamente en el agua, confundiendo sus plumones de blancura eucaristica con los albos nenúfares de la orilla y despertando celos en las dálias de corolas impólutas y magestuosas...

Un rayo de sol, pero de sol risueño, filtrándose en la tupida enramada de los árboles, daba la pincelada de luz sobre el fondo azulado de la laguna.

Y en los aires los pájaros preludiaban sus ditirambos á las flores, que, coquetuelas y voluptuosas, les enviaban los suspiros de sus perfumes. En las frondas los pájaros modulando sus ritmos... ¿lo recuerdas?

Hoy todo está muerto y frio, oculto bajo una inmensa tumba de hojas secas y de nubes grises...

¿Recuerdas cuando llegabas al borde de la laguna y echando hácia atrás tu ebánica cabellera, que á manera de incomparable chal de Galconda cubría un momento tus senos núbiles, palpitantes y desnudos? ¿Recuerdas cuando te arrojabas al agua,—cuyos cristales rompias en deliciosos murmullos y ondulaciones,—cuando te arrojabas al agua que te besaba con delicia y ceñia tus redondeces en un inmenso abrazo de frescor, mientras los cisnes huian muertos de envidia al ver tu blancura? ¿Recuerdas cuando los cisnes, despues de sus instantes de estupor, curiosos y atrevidos, hundian sus aristocráticas cabecitas en las ondas, deseosos de seguir contemplando, bajo las claras linfas, los opulentos encantos que maravillados vieran en la orilla?... ¿Verdad que lo recuerdas?

Pues hoy las aguas de la laguna lloran tu ausencia, y al no poder estrecharte entre sus ondas se cubren con la lividez de los reflejos de las nubes pardas...

¿Y la serenata de ayer?. . ¡Oh, la serenata de ayer!... la sentida canción que hacian gemir en sus guitarras los segadores, mientras tú y yo, en la noche que el satélite selénico nos enviaba sus rayos desmayantes, caminábamos juntos detrás del carro repleto de espigas, enlazadas nuestras manos y dándonos un beso á cada paso...

¿Por qué guardábamos tanto silencio? ¿Por qué llorábamos? ¿Por qué reiamos, también?

Hoy quizás yo lo sepa, pero nunca acierto á comprender por qué callábamos siendo tan cortos, tan cortos los momentos de vida...

Talvez algún dia oiré la misma música. Talvez vuelvan á mi oido aquellas notas, pero ya no serán las mismas cadencias de los segadores de ayer, brotadas entre los rubios espigales,—radiantes de reflejos,—cuando la tarde declinaba, hundiendo el sol su disco enorme tras de las verdes colinas, cuando las ovejas lanzaban sus últimos mujidos y cuando presurosos volaban en bandadas las palomas á sus nidos tibios....

Y ¡cómo vive en mi alma aquel momento de pálida luz indecisa, en que se dejaba oir el toque del Angelus en el lejano campanario! Aquel momento de felicidad suprema en que los campesinos hundian la horca en la paja y caian de rodillas... en tanto que la oración se perdía en lo infinito, en un suave murmullo, en algo que era asi como murmuraciones de ángeles, y el vientecillo de la noche agitaba con singular ruido las pajas de la parva, las espigas sin cortar y las cintas encarnadas de los sombreros de paja que sostenian en respetuosa actitud, los campesinos, en sus manos encallecidas.

Quizás muchas veces más oiré el toque del Angelus, pero ya no me arrodillaré sobre las gavillas de trigo, medio envuelto en las sombras crepusculares y en la luz de tus miradas, ni responderé al rezo de tus lábios mientras extasiado contemplaba tus ojos serenos y fijos en la obscuridad del cielo, tan obscuro como el cielo de tus ojos...

Amiga mia; mi amada! ¿Oyes el viento?... Llénamela copa!

Ay, amada mia, mi casto amor! El frio ya llega! Las últimas brisas tibias se llevaron nuestros dias felices como se llevan todo lo muerto!

Ya no tengo nardos ni jazmines para adornar tus crenchas ni rosas para tejerte guirnaldas!

Y aquella alba paloma, que me despertaba con sus arrullos y me traia tus primeros besos junto con los primeros besos de la aurora sonrosada y naciente, aquella alba paloma se fué buscando otro alero donde hacer su nido calentito...

Y yo? ¡Qué frio tengo, amada mia!

Y vendrán otros dias y vendrán otras horas y con ellos las brisas que hinchen las velas de la navecilla que ha de llevar lejos, muy lejos, nuestros suspiros y nuestros besos.

Ah! Los dias tibios se van, y la aurora gris de un nuevo dia sucede á las rosadas de ayer!

Amiga mia! ¿Oyes el viento? Son voces que saludan el obscuro futuro de nuevos dias plomizos y helados.

¡Qué triste está mi alma! ¡Dame otra copa!

WERTHER.

Montevideo, Abril 30 de 1898.

A la "Vénus" de Montevideo

Las espigas que remecen
un oro de mirasol,
en los maizales parecen
piñas de gotas de sol.

Hay en las albas primores
de firmamento andaluz,
como hay salvas de colores
y como hay dianas de luz.

Y rie la primavera
en este bello paraje
sobre una verde pradera
que es un eterno celaje.

Ven aqui, mi ángel sumiso,
ven, y al oirse tu arrullo,
mi amor será un Paraiso,
pues ya es Edén en capullo.

Ven, y aqui las mariposas
á ese cabello que adoro,
le harán con pólen de rosas
una corona de oro.

Verás en esta pradera
chispas de astro en el rocio
y lanzar la enredadera
chorros de hojas al vacio.

Aqui la blanca paloma
parece, cuando alza el vuelo,
azucena de la loma,
que se hará estrella en el cielo.

Todo aqui colores gasta
como un inmenso arrebol,
y cada flor es el asta
de una bandera de sol!

GUZMÁN PAPINI Y ZAS.

Montevideo, Abril 30 de 1898.

VIDA SOCIAL

Espléndido resultó el concierto efectuado en la noche del martes en el Club Católico por el instituto «Regina Margherita».

La señorita Rufina de Tezanos demostró sobresalientes aptitudes en la ejecución de la pieza de mandolino confiada á su cargo.

«Au petit jour» para mandolinos con acompañamiento de piano mereció los honores de un *bis* con estruendosos aplausos. Formaban esta pequeña estudiantina las señoritas Dolores Larrobla, Delia Artigalá, Rufina de Tezanos, Ester Lavadie, Dina Carvalho, Angela Castiglioni y el joven Oriente Manzoni.

La señorita Antonia Irastorza nos sorprendió con la ejecución de «Canto de mi cuna», demostrando ser una felicisima cultora del arte que inmortalizó á Mozart.

En resúmen; fué una bellisima fiesta musical que dejó gratos recuerdos á los que participaron de ella.

—Ha llegado procedente de Paysandú la distinguida familia del doctor Mendilaharzu.

—El mártes regresó de su quinta la familia del señor Alfredo Seré.

—El lindo teatro de la calle Ituzaingó se encontró el domingo lleno de selecta concurrencia. Vimos alli á las familias de Rodriguez Larreta, Ricaldoni, Serratosa, Suarez, Gomez Cibils, Calamet, Cranwell, Blixen, Antuña, Vazquez Varela, Cuestas, Aveño, Rayne i y otras.

—El señor Presidente Provisional, don Juan Lindolfo Cuestas, ha enviado una atentisima tarjeta de agradecimiento á la señora Amabelia Arlas de Rizzardini por la espléndida «Marcha Triunfal» que tuvo el honor de dedicarle.

—El enlace de la señorita Blanca Viaña con el doctor Pedro Martí, ha quedado fijado para el 4 de Agosto.

Una vez realizado partirá la feliz pareja para la ciudad de San José donde residirá.

—El caballero Juan Cárlos Carve ha contratado compromiso con la señorita Ester Horne.

Brevemente se realizará la boda.

—El señor Morla Vicuña y su distinguida familia partirá el 30 del corriente en el vapor «Danuve» para Estados Unidos.

—El señor Ricardo Hughes y su joven esposa la señora Maria Garcia Rodriguez partirán en breve para Buenos Aires con el objeto de visitar á la señora Lagos de Garcia. Después seguirán viaje á la invicta ciudad de Paysandú donde se instalarán.

—La señora Enriqueta M. de Sosa Diaz piensa realizar su viaje á Europa á fines del corriente año.

Irá acompañada de su interesante hija Clementina.

—Ha regresado del Durazno, donde pasó una temporada, la señora Ocampo de Cadenas y sus bellas nietas las señoritas Blanca, Cármen y Carlota Reyes Cadenas.

Tenemos el gusto de darles la bienvenida

—Eros, el intruso viajero de la venda, escribe en el simbólico libro de sus conquistas: «Alberto Real de Azua y Maria Luisa Diaz; caballero y distinguido él, y bella, espiritual y gallarda ella.» Y agrego yo, más abajo, en tinta rosada: «Si tienen derecho á ser dichosos, ¿cómo no han de serlo siempre?»

—La enguantada mano del jóven Storace, conducirá en el frio Junio,—al pié del altar de Himeneo,—tan anhelado y tan temido,—á Blanquita Perey, hermosa entre las simpáticas y simpática entre las hermosas.

—El distinguido ingeniero Serrato y la bellisima Josefina Perey,—una jóven y amante pareja—marcharáse brevemente, al son de la marcha de Mendelhssonn, á los reinos de la Felicidad, guiados por su heraldo: el Amor. Tras de la consagración de la ley y de la bendición del sacerdote á los nuevos esposos, irán los votos que por la eterna felicidad de ellos hacen todos sus amigos. Y yo digo: quédense siempre en el reinado de la Felicidad y jamás vuelvan...

SIEMPREVIVA.

¡FRÍO!

TOO JENNY.

Oye, mi bien: huyamos! Triste y fria
brilla de Otoño la postrera tarde;
y tiembla al primer soplo del Invierno
la última hoja en los desnudos árboles.
Huyamos! De las tiernas golondrinas
la última banda parte:
van á buscar en tierras muy lejanas
el calor de los dias siderales.

¡Mira cómo se inclina sobre el tallo
la mústia flor en el cercano valle!
¡Cómo vuelan las hojas amarillas,
cómo tiemblan desnudos los rosales!
Ni una flor, ni una luz! Calló sus notas
la mùsica del viento en el follaje,
Huyamos! Tengo miedo... siento frio!
¡Son las áridas noches invernales!

Ese frio que sientes en el alma,
esa tristeza que tu sér invade,
de nuestro amor amustiará las flores
en el callado y límpido frondaje.
Me dá miedo la escarcha del olvido!...
emprendamos, mi bien, como las aves,
hácia las frondas del pasado hermoso,
en alas del recuerdo, nuestro viaje.

Huyamos, sí! Dejemos el presente,
y entre tanto no vengan tibias tardes,
dulces bandas de tiernas golondrinas
con efluvios, mi bien, primaverales,
con la inmensa pasión que por ti siento
daré calor al solitario valle,
donde las flores de tu amor se amustian
al soplo de los vientos otoñales!

CELESTINO V. DELFANTE.

Montevideo, Abril 30 de 1898.

RIMA

Te perdoné, mujer, que me arrojaras
fingiéndome un amor que no sentias,
en brazos del hastio, ese asesino
que ha muerto ya las ilusiones mias.

Y, óyeme bien: el resto de mi vida
y la vida que lloro al recordarte,
cuanto soy, valgo y sueño, lo daria
por tener otra vez que perdonarte.

ENRIQUE RIVERA.

Montevideo, Abril 30 de 1898.

Incrustaciones en cristal

Con mucha frecuencia, entre las familias se discute sobre la presentación que ofrecen las incrustaciones en botellas y otras piezas de cristal, representando bustos, medallones, cifras, monumentos, y mil objetos colocados dentro del cristal con tan maravillosa proligidad que produce la mayor curiosidad y admiración sin saber cómo pueda efectuarse esa primorosa operación en substancia sumamente delicada.

Para muchas personas, las incrustaciones en cristal tienen algo de inexplicable y con el fin de dar á conocer ese arte ingenioso, daremos aquí una breve noticia que servirá de información.

El primer ensayo para incrustar en cristal, según lo relaciona «El Instructor»,—fué hecho por un Bohemio, al fin del siglo pasado. Este fabricante hacia pequeñas figuras de arcilla parduzca, muy fina, y después de varias tentativas consiguió incrustarlas en el cristal. La apariencia no parecia muy elegante al principio, però el hecho de que podia efectuarse era una grande adquisición en el arte. Los fabricantes franceses tomaron la idea, y llegaron á incrustar varios medallones de Bonaparte, que se vendieron á precios exhorbitantes.

Cuando la paz general puso á Inglaterra en comunicación con el interior de Europa, los fabricantes ingleses tomaron la incrustación en sus manos y trajeron pronto este arte á la perfección en que se halla, con un nuevo método que llaman *cristalo-ceramia*.

Retratos, inscripciones y ornamentos de toda especie se introducen ahora en el cristal con el mayor primor, haciéndolos perdurables.

La substancia de que se hacen estos ornamentos es más dificil de fundir que el cristal, incapaz de embeber aire, y susceptible de

contracción y de expansión; y á estas cualidades se debe el que no sufran detrimento al grado de fusión del cristal, el que no forme ampollas, y el que se ajuste perfectamente al cristal cuando éste se contrae enfriándose.— Hecho el busto, por ejemplo, en un molde, se le dá el tinte que se quiere, con un color metálico, y se pone al fuego hasta que el calor quede perfectamente embebido. Calentado el ornamento al punto del cristal fundido, se introduce en éste, quedando así completamente excluido el aire, y el ornamento perfectamente incorporado con el cristal, y el fabricante concluye haciendo la pieza intentada, ya sea garrafa, vaso, pedestal, etc.

Hay otra incrustación llamada de patente, que consiste en una composición de una apariencia de plata, que tiene el efecto más hermoso en las piezas de cristal ricamente cortado.

Se pueden introducir igualmente en el cristal miniaturas esmaltadas, sin detrimento de la brillantez del colorido. Pero la ventaja más importante de esta elegante invención, es la preservación de inscripciones: ningún metal conocido puede preservarlas con más seguridad.

Una inscripción incrustada en un cuerpo sólido de cristal, resistirá la acción destructiva de la atmósfera, y la sorda corrosión de la tierra.

Con la precedente información, nuestros lectores se darán cuenta de cómo se hacen las hermosas incrustaciones en cristal que tanto despiertan la curiosidad.

CONSTANTE G. FONTAN ILLAS.

Montevideo, Abril 30 de 1898.

A QUIEN ME AMA

Fanático creyente
mi dogma es la ternura,
mi dogma es la caricia
y amor mi religión.
. . . .
Por eso te venero
sonriendo en mi amargura,
aunque mi pecho estalle
en bárbara pasión.

Te admiro, sí, te canto,
y en mis locos ensueños
el himno de mi afecto,
amada, tú lo oirás.
En días de bonanza,
en días halagüeños,
sobre mi pecho ardiente
tu sien reclinarás.

Te besaré gozoso
viviendo entre caricias
y el néctar de tús lábios
amante libaré.
Y en medio á los amores,
y en medio á las delicias,
entre mis fuertes brazos,
de amor, te oprimirè.

Te besaré los lábios,
te estrecharé en mi seno...
y en medio de mis ánsias
mi alma te hablará.
Y desde las alturas
me arrastraré hasta el cieno,
en donde, dulce amada,
mi amor terminará.

Y allí cual sierpe vil
me abismaré en el lodo,
dejando mis amores
de pura idealidad.
Trocando tu inocencia,
trocando todo... todo,
en pecadora esposa
según la sociedad.

JUAN ANDRÉS CHIOZZA.

Montevideo, Abril 30 de 1898.

BIBLIOGRAFÍA

(Bajo esta rúbrica daremos quincenalmente brevísimos juicios de las obras que se nos remitan, así como noticiaremos los movimientos literarios más importantes en América.)

UN MUCHACHO, *por Manuel Olivera. Buenos Aires 1897.*—Es un cuento algo extenso y bien escrito, que bien pudo ser novela, puesto que él nos hace entrever en su autor excelentes cualidades para ser un aplaudido novelador.

HOJARASCA, *tomo I de poesías por Baldomero García Sagastume. Lima 1897.*—El autor de este tomo, bello por su impresión tipográfica, nos presenta en forma de versos, bastante malos, verdaderas vaciedades y vulgaridades sin chispa alguna de ingènio, faltas de inspiración, y, por qué no decirlo? plagada de errores. Si tenemos en cuenta que el autor ha cumplido ya sus 31 años, podemos asegurar que no ha sido ni será nunca ni siquiera un mediano poeta. Aconsejamos al autor no edite el tomo II.

CUESTIÓN FEMENINA, *drama en tres actos por Osvaldo Saavedra (Barón de Arriba). Buenos Aires 1898.*—Cortada esta obra sobre los patrones literarios más modernos y atrevidos, las figuras de sus personajes aparecen, no obstante, bien presentadas y mejor estudiadas psicológicamente. No es, por cierto, una obra acabada, pero sí, acusa ella en su autor muy felices disposiciones para el nuevo género que ha comenzado á explotar y en el cual le aconsejaríamos no desmaye.

REVOLUCIÓN DEL 97—*Impresiones íntimas y episodios, por Luis Ponce de León. Montevideo 1898.*—Es una preciosa colección de cuadros, episodios y narraciones, escritos en el estilo galano que es peculiar en el jóven poeta nacional Luis Ponce de León. En cuanto á la veracidad de los hechos narrados, nadie está más autorizado que el jóven autor de esta obra, para garantizarlos, pues to que siguió toda la campaña como abanderado del Cuartel General del Ejército Revolucionario.

TIERRA VÍRGEN, *por Eduardo Zuleta. Santa Fé de Bogotá 1897.*—Esta obra no tiene otra indicación en la cubierta que el título arriba indicado, lo que en verdad nos contraría, porque hubiéramos querido saber si el señor Zuleta ha intentado escribir una novela ó presentarnos simplemente una narración de cuadros, cuyos personajes son siempre los mismos pero que no guardan casi ninguna hilación entre si y sin que hayamos podido descubrir el argumento, la trama de la novela (?), á pesar de sus 400 páginas que componen el libro. ¿Son cuadros aislados? Pues debió así advertirlo el autor, y entonces habríamos tenido aplausos para algunas de sus descripciones y pinturas de la vida campestre y social del interior de Colombia. El capítulo último, *Fin de siglo*, que tiene siempre una maldita relación con los capítulos anteriores del libro, podría ser un recomendable artículo suelto, bien pensado y bien escrito. En resúmen: el señor Zuleta nos parece un regular escritor, pero de ningún modo novelista.

PRIMICIAS, *poesías por Angel D. Navea. Montevideo 1898.*—Es un pequeño tomo de 175 páginas, que contiene 27 poesías, todas ellas pertenecientes al presbítero señor Navea, algunas de las cuales son recomendables por lo sentidas y bien escritas.

EL PENSAMIENTO DE AMÉRICA. Así se titula una importantísima obra que tiene en prensa en Buenos Aires, Luis Berisso, el más notable de los críticos argentinos. En ella juzga á todos los poetas y pensadores de América desde la Independencia hasta la actualidad. Algunos de sus capítulos ya han sido publicados llamando la atención en el mundo literario.

POR LA PATRIA. *La Revolución del 97 y sus antecedentes, por Luis Alberto de Herrera. Montevideo 1898.*—Es una historia minuciosa de toda la campaña iniciada por el Partido Nacional y de sus antecedentes. Contiene datos interesantes y es el primer tomo de una obra que se propone escribir el jóven literato nacional. Fué actor en el movimiento lo que constituye una garantía respecto á la veracidad de sus narraciones. Está escrito en estilo elevado y culto.

LA LEGALIDAD DEL VOTO.—Cárlos Roxlo, nuestro gran poeta, ha abandonado momentáneamente su lira brillante para escribir una série de folletos políticos que publicará en breve, en los que tratará de la libertad del ciudadano considerada desde sus tres puntos de vista esenciales: civil, política y religiosa. El primero de ellos, que aparecerá en estos dias, trata sobre la *legalidad del voto* y consta de diez capítulos que son: Prefacio, La soberanía, Representación de minorías, Voto incompleto, Voto acumulativo, Sistema proporcional, El acuerdo de los partidos, Las elecciones, La lucha armada, A la juventud.

REVOLUCIÓN DEL 97.—El ilustrado jurisconsulto uruguayo don Santiago Botana publicará próximamente su gran obra histórica de la última revolución oriental. Recientemente ha recibido la narración de la campaña revolucionaria escrita por los señores José Felipe Gonzalez, Sergio S. Muñoz y doctor Arturo Berro. Será una obra importante.

CRÍTICA CONTEMPORÁNEA.—Leopoldo Díaz, notable poeta argentino, está dando fin á un libro que prepara sobre crítica contemporánea que muy luego ha de llegar á visitarnos.

Próximamente se publicarán en Santiago de Chile tres novelas chilenas, escritas por los conocidos literatos Lucho Orrego Luco, Fernandez Montalvo y Angel C. Espejo.

INDISCRETO.

Calme du soir

Así se titula una preciosa Meditación para piano, original del profesor don José Ugucccioni, con la que obsequiaremos á nuestros favorecedores en el próximo número.

El reparto de la citada pieza de música correspondía con el presente número, pero debido á un atraso involuntario nos vemos obligados á suspenderlo hasta el próximo. Con ello ganarán nuestros lectores porqué será más artísticamente editada.

CAMBIO DE LOCAL

Participamos á nuestros colaboradores, agentes y suscriptores que la Redacción y Administración de esta Revista han quedado definitivamente instaladas en su antiguo local de la calle Convención núm. 82.

Establecimiento Gráfico á vapor, calle Convención 82